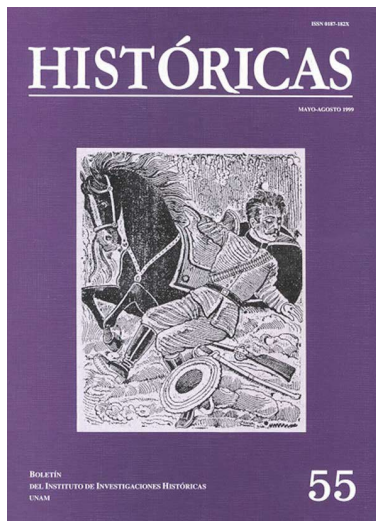




Artículo: La objetividad, quimera de la historia

Autor(es): Trejo Estrada, Evelia

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 55

Año: 1999

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Trejo Estrada, Evelia. "La objetividad, quimera de la historia" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 55 (1999): p. 16-31. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3937>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

La objetividad, quimera de la historia

Evelia Trejo

Instituto de Investigaciones Históricas

Incrementar el conocimiento del pasado es la tarea central, la tarea que da razón de ser a los historiadores. Una propuesta tan antigua como el quehacer mismo consagrado a buscar ese incremento es la de conseguir un conocimiento lo más cierto posible de lo que ocurrió. En ello empeñan su esfuerzo los historiadores en todas las latitudes y a lo largo del tiempo de la historia de la historia. Esta certeza de lo que se conoce solamente es posible si se deriva de un testimonio o vestigio que pueda realmente llevarnos al pasado para traerlo hasta nosotros. Pero, en el viaje de ida y regreso están muchos de los riesgos que hacen de nuestra actividad un asunto inseguro en materia de conocimiento. ¿Es objetivo el conocimiento que obtenemos los historiadores? Ello depende en buena medida del concepto de objetividad que se tenga.

Una manera de acercarnos al problema puede ser la de reseñar las definiciones de la historiografía, entendida como la escritura de lo que se conoce del pasado, obtenidas de un número suficiente de obras elaboradas a lo largo del presente siglo, para tratar de advertir en ellas el concepto de objetividad que encierran.

Lectores poco versados en la filosofía admitirían probablemente sin reservas esta posibilidad, y los especializados en tal disciplina deberán disculpar este atrevimiento si admiten como única excusa el propósito de seguir desde mi propia disciplina —la de la historia— las formulaciones que han construido los historiadores y los filósofos interesados en presentar el trabajo de los primeros, en lugar de intentar una explicación del asunto desde una perspectiva filosófica que, por lo pronto, me es ajena.¹

Así, pues, lo que trataré de hacer explícito en la primera parte del texto es qué entienden por historiar autores como Ed Fueter (1911), George P. Gooch (1913), Benedetto Croce (1915), James T. Shotwell (1939), Robin G. Collingwood (1946), Fritz Wagner (1951), Josefina Zoraida Vázquez (1965), Georges Lefebvre (1971), Charles Olivier Carbonell (1981) y Sonia Corcuera (1997).²

¹ La primera parte de este texto fue leída en el IX Congreso Nacional de Filosofía. Textos, Contextos y Tareas de la Filosofía desde México a Fines del Milenio, Universidad de Guanajuato, Asociación Filosófica Mexicana, Guanajuato, 24 de febrero de 1998.

² Ed Fueter, *Historia de la historiografía moderna*, traducción de Ana María Ripullone, 2 v., Buenos Aires, Editorial Nova [1953]; George P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, traducción de Ernestina de Champourcin y Ramón Iglesia, 1a. reimpresión, México, Fondo de Cultu-

por elegir solamente algunos de los que por lo general circulan en nuestros medios, y qué se deriva de ello que pueda resultar de interés para tratar el tema de la objetividad. Quiero simplemente comunicar qué dicen en la introducción de sus obras, que pueda interesarnos para hablar de la objetividad en la historia, quienes se han ocupado de exponer los propósitos y logros de un conjunto de historiadores, de caracterizarlos y de valorarlos; qué observan y comentan sobre el quehacer de los historiadores quienes frente al hecho mismo de la producción historiográfica, y con el fin de presentarla, se pronuncian en torno del ser y quizá del deber ser del trabajo histórico.

En la segunda parte, buscaré esclarecer lo que sobre el mismo asunto de la objetividad se desprende del tratamiento que hicieron varios de estos mismos autores de uno de los modelos de la historiografía, uno de los ejemplos de búsqueda de la verdad con base en el dato cierto, que, con más maña que razón, ha sido planteado como paradigma de la ruta que hay que seguir para lograr la tan ansiada objetividad en la historia; me refiero, por supuesto, a Leopold von Ranke.

I

Objetividad e historiografía

Ed Fueter, uno de los más acuciosos historiadores de la historiografía, inicia la presentación de sus dos volúmenes de *Historia de la historiografía moderna* escribiendo una breve advertencia en la que anuncia que se propone estrictamente lo que el título de la obra expresa, y que puntualiza afirmando que abarcará la historiografía europea "desde el humanismo hasta nuestros días". Los días a que se refiere son los de la primera década del siglo xx, puesto que la fecha de edición debe situarse alrededor de 1911.³ Es significativa la brevedad de la advertencia,

ra Económica, 1977, 609 p.; Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, traducción de Eduardo J. Prieto, Buenos Aires, Editorial Escuela, 1965, 302 p.; James T. Shotwell, *Historia de la historia en el mundo antiguo*, versión en español de Ramón Iglesia, 1a. reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, 430 p.; R. G. Collingwood, *Idea de la historia*, traducción de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, 2a. edición, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, 324 p.; Fritz Wagner, *La ciencia de la historia*, traducción de Juan Brom, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958, 594 p.; Josefina Zoraida Vázquez, *Historia de la historiografía*, México, Editorial Pormaca, 1965, 178 p.; Georges Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*, traducción de Alberto Méndez, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1974, 342 p.; Charles Olivier Carbonell, *La historiografía*, traducción de Aurelio Garzón del Camino, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, 164 p. (Breviarios, 353), y Sonia Corcuera de Mancera, *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997, 424 p.

³ Fueter, *op. cit.*, aunque en la advertencia que aparece en esta edición, misma que carece de año de edición, el autor hace referencia a la obra de Gooch, escrita en 1913, tanto este último autor como Croce señalan 1911 como la fecha de edición de la obra de Fueter.

como lo es también su comentario de que "No considera la historia de las teorías históricas y del método histórico sino en tanto que ellas parecen haber influido en el desenvolvimiento de la historiografía". Fueter manifiesta su distancia del tratamiento teórico y conceptual de la materia y se propone únicamente la presentación de las direcciones principales que ha seguido la actividad de los historiadores. Procede como un historiador que acumula una rica información y la distribuye en su texto, asignando un valor a los historiadores de acuerdo con su contribución exclusivamente historiográfica al cambio de dirección en las tareas propias de esta disciplina. De manera que, según él, el criterio de objetividad de la historia es un criterio implícito que da orden y concierto a su trabajo, y no una toma de posición explícita acerca del deber ser de la historia.

Por su parte, George P. Gooch escribe su obra *Historia e historiadores en el siglo XIX* también al iniciarse la segunda década del siglo,⁴ y en ella comienza situando las limitaciones de los historiadores de la Edad Media, que no conocían el trabajo crítico de los documentos y vivían un ambiente saturado de teología. Señala que la revolución en la perspectiva de la humanidad, que empezó en Italia en los siglos XIV y XV, "condujo a la creación de algunas de las condiciones gracias a las cuales pudieron surgir *métodos objetivos* y un *concepto genético de la historia*". Considera que en el siglo XIX se da la consecución de "la libertad de pensamiento y de expresión, la penetración en distintas épocas y la juiciosa ecuanimidad de las que depende la ciencia histórica". Y, sin decir más, inicia un recorrido que abarca autores, escuelas y temas, en una disposición que merecería tratamiento aparte.

Es claro, por las opiniones de este autor, que su definición de la historiografía es la de una ciencia que requiere capacidades críticas y a la vez libertad de expresión y buen juicio para lograr su cometido. Hay en sus palabras, de manera implícita, una convicción de deber ser de la historia y un reconocimiento de los alcances que se logran al respecto, de acuerdo con las distintas época y circunstancias que se viven. Su criterio para juzgar la objetividad parecería estar sujeto a la mayor o menor cercanía de los historiadores con el modelo de la historia crítica y el abandono de las normas absolutas y abstractas para explicar la realidad.⁵

A diferencia del tratamiento que pretenden seguir en sus historias de la historiografía Fueter y Gooch, Benedetto Croce, quien publicó en alemán en 1915 y en italiano en 1916 el volumen que conocemos bajo el título de *Teoría de la historia e historiografía*, en el que reunía los escritos dados a conocer en actos académicos y revistas italianas en los años 1912 y 1913, comienza en la sección destinada a la historia de la historiografía haciendo un deslinde entre ésta y la historia de la literatura, que asimismo puede ocuparse de presentar los trabajos de los historiadores, y dice entender como función propia de la primera la de ocuparse del *desarrollo del pensamiento historiográfico*.

⁴ La obra de Gooch fue editada por vez primera en 1913.

⁵ Gooch, *op. cit.*, p. 7-19.

Croce difiere de Fueter en la opinión que este autor tiene de que debe distinguirse entre teoría de la historia e historia, y en la idea de que debe excluirse la filosofía de la historia de un tratado como el que se propone. La intención que él manifiesta para ocuparse del tema es la de recuperar la forma mental que está detrás de las historias concretas. Quiere averiguar cómo construyeron sus narraciones los historiadores. A su juicio, no hay manera de distinguir el pensamiento histórico del pensamiento filosófico, pues ambos aparecen fundidos en la narración historiográfica.

De sus proposiciones se desprendería, por lo pronto, que la objetividad que pueda advertirse en la narración tiene más que ver con la presencia del sujeto en su historia que con la que pueda esperarse de los hechos consignados en ella. Las consideraciones de Croce, sin embargo, no nos deben llevar a la suposición de que se destierra la aspiración de los dos primeros autores citados en el sentido de ver en el desarrollo de la historiografía un proceso que va en pos de la cientificidad de la disciplina.

James T. Shotwell, en su *Historia de la historia en el mundo antiguo*, publicada en 1939, afirma que "el redescubrimiento del pasado es ciencia y arte a la vez";⁶ es además "Arte, ciencia y filosofía a la vez".⁷ Y, más adelante, para enriquecer esta aseveración, agrega que es misión especial del historiador la "reconstrucción imaginativa" y que "es la actitud tomada respecto al hecho la que en último término determina si ha de ser considerado como histórico o no".

Shotwell, asimismo, hace la diferencia entre la erudición que preserva los hechos y el trabajo del historiador que pone en marcha la maquinaria de los mismos y hace que adquieran sentido cuando se les ve en acción. De Polibio en adelante, dice, la historia es el producto literario, más que la investigación en sí. Shotwell, en conclusión, insiste en que la historia es ciencia y arte, investigación y narración. Anota que, en sus dos vertientes recorre diversos caminos. Carlyle, Macaulay, Gibbon y Michelet producen magníficas narraciones históricas "aunque no sean ciertas", dice. Y, descubriendo sus expectativas respecto de este campo de conocimiento no duda en sostener: "A decir verdad, el arte en la historia parece correr, con la más perversa de las intenciones, en dirección opuesta a la ciencia."⁸ Con ello nos muestra que, de la dualidad que halla en la condición de la historia, él opta por la de la ciencia, aunque deja sin analizar el problema de asumirla como una investigación que se resuelve en narración, es decir, en arte.

Por otra parte, en el capítulo dedicado a la interpretación de la historia, Shotwell se encarga de explicar la distancia que hay entre la historia y la filosofía, la metafísica o la teología, a las que se ha acudido para dar respuesta al porqué de la historia, y, en alguna medida, concede que esas formas de pensamiento ejercen

⁶ Shotwell, *op. cit.*, p. 15.

⁷ *Ibidem*, p. 16.

⁸ *Ibidem*, p. 17-22.

una influencia poderosa en las conciencias. Entonces, si bien asume que al historiador más bien le corresponde responder qué y cómo ha sucedido lo sucedido, no aclara el papel que juegan esos mecanismos de pensamiento en el momento de establecer relaciones entre los hechos históricos, es decir, en el momento de interpretarlos. Con ello, a nuestro entender, no logra enfrentar el asunto de la objetividad que presume todo conocimiento científico del pasado.

Pero, algunos años antes de la edición de la obra de Shotwell, un autor hacía eco a las propuestas de Benedetto Croce, a mi juicio más ricas, para definir la historiografía. R. G. Collingwood en sus treinta y dos lecciones de filosofía de la historia escritas en 1936, publicadas diez años después en su propio idioma, y vertidas al español en 1952, se presenta para hablar del asunto como alguien que conoce de historia y de filosofía, y además proclama que es mejor, para tratar de estos asuntos, un historiador sin experiencia en filosofía que un filósofo sin experiencia en historia. Y, simplemente, para entrar en materia, establece las siguientes bases: "La historia es un tipo de investigación o inquisición."⁹ Genéricamente pertenece a lo que llamamos ciencia, puesto que plantea preguntas que se intentan contestar. Así, la ciencia averigua cosas, y como la historia averigua, entonces, la historia es una ciencia.

Sin embargo, de esta sencilla definición no se deriva una consideración de historia científica que nos permitiera situarnos sin más en las aspiraciones de Shotwell. No, Collingwood nos complica el asunto cuando, a la pregunta de *¿qué averigua la historia?*, responde que averigua actos de seres humanos que han sido realizados en el pasado; a la de *¿cómo procede para llevar a cabo esa averiguación?* contesta que lo hace interpretando documentos, y finalmente, cuando inquiere *¿para qué sirve?*, no duda en afirmar que sirve para el autoconocimiento humano: "conocimiento de su naturaleza en cuanto hombre".

De allí pasa Collingwood a la exposición del método indicado para conocer la naturaleza humana, e insiste en que el método histórico, y no el método científico, es el conveniente. Resuelve precisar en qué consiste tal método apuntando que el historiador distingue entre el exterior y el interior del acontecimiento, por lo cual entiende el pensamiento que hay detrás de los hechos. Es decir, el historiador investiga acciones, y en la acción, dice Collingwood, se da la unidad del exterior y del interior del acontecimiento. Se trata de discernir el pensamiento del agente de la acción. Y en la naturaleza no hay que hacer tal distinción. El historiador, pues, no observa, como el científico, sino que mira a través del acontecimiento.

Esta perspectiva desde la que Collingwood mira el trabajo de la historia, crece en complejidad y hace aún más problemático el propósito de plantear las posibilidades de encontrar objetividad en él, cuando asegura que:

⁹ Collingwood, *op. cit.*, p. 19.

El conocimiento histórico es el conocimiento de lo que la mente ha hecho en el pasado y, al mismo tiempo, es volver a hacerlo, es la perpetuación de actos pasados en el presente. Por tanto, su objeto no es un mero objeto, algo fuera de la mente que lo conoce; es una actividad del pensamiento que sólo se puede conocer en tanto que la mente que la conoce la revive y al hacerlo se conoce. Para el historiador, las actividades cuya historia estudia no son espectáculos que se ofrecen a la mirada, sino experiencias que deben vivir a través de su propia mente; son objetivas y las conoce sólo porque son también subjetivas, o actividades propiamente suyas.¹⁰

Pocos años más tarde, en fórmulas que guardan cierta semejanza con la de Shotwell, en la medida en que subraya que la historia es ciencia y narración, Fritz Wagner, quien publicó en alemán *La ciencia de la historia*, producto de un trabajo realizado en el Seminario Histórico de la Universidad de Marburgo, manifiesta que con su obra quiere “combatir la insuficiencia subjetiva que se hace notar en forma especialmente dolorosa en tareas de este tipo”. Pero al mismo tiempo reconoce que no puede dar satisfacción a todos puesto que, como sucede siempre, el resultado dependerá de su propio punto de vista.

En la introducción general, se refiere a lo reciente que es el método de la historia, y a cuán diferentes son los medios que utiliza esta ciencia comparados con los de las ciencias naturales, de modo tal que hacen imposible situarse por encima de la parcialidad humana. Asimismo, Wagner se preocupa por distinguir al historiador del filósofo y del teólogo, pero también del filólogo y del archivista, aunque dice que está en deuda con todos. “La ciencia de la historia sólo alcanza su meta propia en la deseada unidad de patrimonio de la tradición y de la reproducción narrativa.”¹¹

Según Wagner, “La ciencia crítica de la historia no puede existir sin esta capacidad artística y de plasmación, capacidad subjetiva en el fondo a pesar de todo su anhelo de objetividad”, y abunda en esto último cuando dice que esta ciencia actúa con esfuerzo crítico y trata de alcanzar el más alto grado posible de objetividad para acercarse con ello, en su campo, al ideal de la verdad. Pero, pese al esfuerzo del historiador de “no violentar en nada la vida pretérita, [...] le están vedadas la seguridad última y la objetividad absoluta en la reproducción”.¹²

Como Gooch, Wagner afirma que la ciencia de la historia no ha existido siempre; se dio en el siglo XIX, en el estadio tardío de la cultura europea, en Alemania, cuando se abrieron paso la conciencia histórica y el conocimiento histórico de sí mismo. De cualquier manera, él se propone en esta obra advertir las voces que desde la antigüedad dejaron testimonio del pensamiento histórico; para hacerlo, subraya que la ciencia de la historia no debe confundirse con la historiografía. Hasta el momento, lo que es posible advertir es que Wagner admi-

¹⁰ *Ibidem*, p. 213.

¹¹ Wagner, *op. cit.*, p. 11.

¹² *Ibidem*, p. 12.

te sin mayor problema que la objetividad es un paradigma inalcanzable para el historiador.

Bajo una óptica semejante aparece el problema en el trabajo *Historia de la historiografía* de Josefina Vázquez, un manual didáctico que, como ella misma califica, debe ubicarse como mera introducción al tema. En él, la autora dice hacer eco a las versiones que tienen del trabajo histórico Cassirer, Ortega y Gasset y, mucho antes, Vico, y hacer distancia del postulado de la historia científica de buscar objetividad, puesto que la vida personal del historiador que se opondría a ello es, a la vez, el vehículo que se requiere para comprender la historia. Emprende así la revisión del asunto con el propósito expreso de explicar las relaciones vitales de las interpretaciones de la historia con los momentos en que fueron elaboradas las diversas obras, y para ello sigue un esquema general del proceso de la historiografía, destacando sus grandes momentos. Por supuesto, coloca la ambición de convertir la historia en ciencia en el siglo XIX.¹³

El nacimiento de la historiografía moderna de Georges Lefebvre es el resultado de un curso dictado en la Sorbona. Lefebvre expone allí sus objetivos principales, entre los cuales destaca su voluntad de dar a conocer a los más famosos historiadores, comprendidos entre ellos no sólo narradores, sino eruditos y grandes filósofos, y su interés en mostrar que la historia evoluciona, que no está escrita de una vez por todas. Se refiere a la historia como memoria del género humano y particularmente señala cómo las reconstrucciones que se hacen dependen de las nociones que se desprenden de la vida de toda una sociedad. Habla de la historia pragmática y la artística como formas que no dejan de practicarse, pese a que la tarea propia de la historia "consiste en resucitar el pasado en su autenticidad".¹⁴

Frente a la inevitable parcialidad que acecha al historiador, lo único que recomienda es que éste tenga conciencia del peligro que entraña y lo evite cuidadosamente. Concede un valor especial al arte del relato como vehículo para presentar la historia, pero a la vez destaca la antigüedad de la historia explicativa y a propósito de ella afirma que: "No se vislumbra de dónde podríamos obtener una explicación de la historia, si no es de nosotros mismos."¹⁵

Para Lefebvre, el progreso de la ciencia histórica ha consistido en profundizar y en precisar la investigación de las causas de los sucesos. Considera el caso de la filosofía de la historia y el de la necesidad permanente del hombre de esclarecer una causa primera o de encontrar un orden racional en la historia, y ubica el resurgimiento de la filosofía de la historia como una consecuencia de los avances del conocimiento positivo. Concluye con la presentación de la historia erudita, fruto tardío de la reunión de ambos ejercicios. "Al operarse esta aproximación, nuestra disciplina ha quedado transformada de arriba a abajo", asegura, y

¹³ Vázquez, *op. cit.*, p. 11-16.

¹⁴ Lefebvre, *op. cit.*, p. 18.

¹⁵ *Ibidem*, p. 21.

con esta frase hace evidente el peso que concede a la erudición como contrapeso de las tentaciones que cercan al historiador.

Ahora bien, en el último cuarto de este siglo, Charles Olivier Carbonell publica en Francia un manual cuya intención es dar a conocer la diversidad de modos de representación del pasado en el espacio y en el tiempo, y, por ello, sin mayor problema define a la historiografía como “la historia del discurso —un discurso escrito y *que dice ser cierto*— que los hombres han hecho sobre el pasado; sobre su pasado”. Lo anterior quiere decir, si se atiende a las palabras subrayadas, que se mantiene vigente la convicción de que la historiografía es discurso, que pretende certeza, y que es elaboración de hombres para consignar algo que les es propio. Carbonell ve en la historiografía el mejor de los testimonios que podemos tener sobre culturas desaparecidas. Y aun aclara que “Una sociedad no se descubre jamás tan bien como cuando proyecta tras de sí su propia imagen”.¹⁶

Finalmente, en nuestro medio, Sonia Corcuera de Mancera, profesora de cursos de Historiografía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, presenta en 1997 sus *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*, y no duda en asentar en la primera página, que la historia siempre ha querido ser ciencia y que en la actualidad el principal obstáculo para lograrlo no es de orden metodológico, puesto que los métodos se han afinado y las propuestas se han multiplicado. “Pero no es posible exigir al hombre o a la mujer que la practican que abandonen, ni siquiera cuando *piensan como historiadores*, sus preferencias particulares ni esperar, en aras de una supuesta objetividad, que puedan dejar a un lado lo que son.”¹⁷

En suma, confío en que estas breves notas, muy preliminares todavía, puedan indicar el mar de fondo que hay detrás de las narraciones sobre el pasado que construyen los historiadores con la intención de decir algo verdadero sobre lo que le ha ocurrido al hombre. En algunos pasajes de las obras de quienes observan su quehacer se hace evidente el hecho de que objetivar la realidad en la narración de la historia resulta una quimera; y, sin embargo, la manera en la que el historiador resuelve su discurso permite advertir que, pese a todo, no renuncia a tan osada empresa.

II

El caso Ranke

Con el fin de que una presentación de los juicios expresados por cada uno de los autores seleccionados para este estudio en torno del historiador prusiano Leopold von Ranke contribuya a esclarecer el concepto de objetividad con el que opera-

¹⁶ Carbonell, *op. cit.*, p. 8.

¹⁷ Corcuera, *op. cit.*, p. 7.

ron, sigo a continuación un somero recorrido por las obras mencionadas en la primera parte.¹⁸

En el esquema de Ed Fueter aparece Ranke, en uno de los varios pasajes en que lo hace, acompañando a Thierry en el apartado dedicado a la escuela narrativa, dentro de la sección denominada "La narración romántica y la doctrina del color local", y bajo el subtítulo Agustín Thierry y Ranke: diferencia de sus métodos. Fueter sitúa frente a frente a estas figuras porque piensa que la *Historia de la conquista de Inglaterra* (1825) y *Pueblos romanos y germánicos* (1824) son dos obras que pueden fechar una nueva era en la historiografía de sus dos países; afirma que, si bien ambos autores introdujeron la forma romántica en la historia erudita, difieren entre sí en el grado de crítica de fuentes, muy superior en el caso de Ranke, quien "acompañaba su narración de un volumen de investigaciones donde era examinado desde muy cerca el grado de confianza que merecían las fuentes utilizadas".¹⁹ Ranke pedía remontarse a fuentes de primera mano, dice, y subraya que el historiador quería simplemente mostrar *wie es eigentlich gewesen*. Por ello, podríamos concluir que Ranke, en la óptica de este autor, aporta a la historiografía un método para asegurar la certeza del dato que se consigna.

En el capítulo dedicado expresamente a Ranke, Fueter asegura que fue: "El más grande maestro del método de crítica filológica [...que] rechazó las especulaciones dogmáticas del Romanticismo y no conservó de sus lecciones nada más que lo que estaba de acuerdo con su observación empírica del presente." Y, con esta última frase, deja abierta la puerta para inquirir acerca del tipo de experiencia cultural que permitió a Ranke interpretar sus fuentes documentales como lo hizo. Esto es, una vez asegurado el sitio que corresponde al célebre historiador por su contribución con un método crítico para rescatar la historia, Fueter nos da elementos para ir más allá de él y clarificar que su obra está profundamente influida por las experiencias políticas de su época. Pese a todo, reitera que Ranke estaba persuadido de que el historiador debía describir, no juzgar, las tendencias dominantes como otras fuerzas vivas.

Según Fueter, Ranke ofrece la mejor lección de empirismo histórico cuando ubica las relaciones entre Estados como determinantes para explicar los sucesos ocurridos en la Europa que estudia. En suma, el empirismo de Ranke frente a la experiencia vivida se convierte en el mejor respaldo para su posibilidad de historiar. Asimismo, Fueter encuentra en el prusiano una concepción artística que lo llevaba a ver la historia como esteta y una psicología histórica que le permitía penetrar en pensamientos y sentimientos y enriquecer su calidad como historiador. La única limitante que señala en este orden es que Ranke obtenía mejores frutos cuando aplicaba esa capacidad a naturalezas afines a la suya.²⁰ Subraya esa

¹⁸ De los trabajos considerados en la primera parte de este texto, en esta sección no incluiré el de Shotwell, en vista de que dentro de los límites temporales de su estudio no cabe la presencia de Ranke.

¹⁹ Fueter, *op. cit.*, p. 125.

²⁰ *Ibidem*, p. 154.

necesidad de análisis psicológico como lo que hizo de Ranke el maestro del método filológico crítico que lo llevó a poner en tela de juicio a los mejores historiadores y a preferir, por sobre todas, las fuentes primarias. Por último, cabe señalar su crítica a la confianza que muestra Ranke en los documentos, sin percibir que también en ellos existen tendencias.

Con algunas apreciaciones distintas, pero en lo sustancial de acuerdo con Fueter, George Gooch dedica por entero el capítulo sexto de su obra a Ranke. Logra un seguimiento muy apropiado de todos los pasos que lo condujeron al sitio que le ha dado la historia de la historiografía al plantear, por ejemplo, que desde joven "ya poseía la imperturbable tranquilidad que había de ser uno de los elementos de su fama",²¹ que se inclinó hacia la historia no con motivo de los acontecimientos que vivía, como Niebuhr y los historiadores de la escuela patriótica, sino "por sus deberes profesionales". Esta asepsia para tratar el pasado, sin embargo, debe matizarse con el comentario que hace de que Ranke creyó posible acercarse más a Dios por la historia. Pese a esto, Gooch no duda en señalar que: "Aunque en la superficie de la obra sobrenadaba una buena cantidad de teología, el cuerpo del trabajo se mantuvo inmune."²² A fin de cuentas en el trabajo del que se ocupa aparece el manifiesto que se ha hecho célebre de que no pretende juzgar ni instruir, sólo mostrar lo que de hecho ocurrió.

Gooch, de manera que se antoja ambigua, califica la primera obra del notable historiador como un libro que "constituyó un evidente progreso en el tratamiento objetivo de la historia europea", pero a la vez añade que quizá sus méritos no estén a la altura de su fama, pues esa obra es en esencia una compilación. Y, adelante, aclara que la novedad del método de Ranke residía "en su empeño de captar la personalidad del escritor y en averiguar de dónde procedía su información".

Desde un ángulo diverso al de los dos autores mencionados, el italiano Croce y el inglés Collingwood dan su veredicto sobre el historiador prusiano, y en ambos casos, como se verá, no está puesto el acento en las bondades del método crítico que convencionalmente se hace encarnar en Ranke.

El viaje que ofrece Benedetto Croce para mostrar el desarrollo del pensamiento historiográfico se divide en cinco etapas que van de la historiografía grecorromana a la del positivismo, pasando por la correspondiente al pensamiento medieval, del Renacimiento, del Iluminismo y del Romanticismo. Ranke hace acto de presencia como parte del elenco del pensamiento positivista, que en términos generales se define en la historiografía como un trabajo aparte de la filosofía, con preferencia en el tema de las historias nacionales o monográficas, pretensión de no alterar con el pensamiento político el relato de los hechos, abstención de juicios sobre la cualidad de los hechos narrados, puesto que lo importante para el historiador era la realidad y no el valor de los hechos, y, en suma, una actitud que neutralizaba las diferencias y oposiciones en un sabio escepticismo o

²¹ Gooch, *op. cit.*, p. 83.

²² *Ibidem*, p. 85.

agnosticismo. Para lograr este conjunto de cometidos hubo especial predilección, dice Croce, por trabajar con fuentes diplomáticas. Ranke, en tal enfoque, se presenta como "el mayor de todos los historiadores de esta escuela".

Él, justamente, combatió siempre, y ayudó bastante a desacreditar entre los historiadores a la filosofía, y en particular a la hegeliana; pero decorosamente, guardándose de toda palabra ruda o demasiado fuerte, y profesando la firme convicción de que en la historia está la mano de Dios, una mano que no se puede aferrar con las nuestras, pero que nos roza el rostro y nos hace advertir su acción.²³

Desde su primer trabajo, nos recuerda Croce, Ranke dijo sentirse solamente en condiciones de ir mostrando *wie es eigentlich gewesen* "cómo ocurrieron exactamente las cosas". Y, en general, admite que el éxito alcanzado por el autor en esa línea lo señala como el maestro de muchos, dentro y fuera de su país. Aunque también repara en que sus seguidores no siempre tuvieron la inteligencia, el equilibrio y la fineza que lo caracterizó.

La historia que llama *diplomática*, promovida por Ranke, es la que, según Croce, se identifica con la cientificidad como forma paradigmática. Y, al parecer, es a los seguidores de Ranke, cultivadores del método filológico de la historia erudita, a quienes responsabiliza de practicar una altanería pseudocientífica que se difunde por Europa y América. Un método documental, trabajo de filólogos, que pretendió rivalizar con la filosofía y la teología, y despreció a Schelling, Hegel, Herder y Schlege, puntualiza. Un método que conducía más bien a compilaciones, que mostraba fe en el relato apoyado en textos repetidos, pero no pensados, y que gustaba de denunciar los errores de erudición en que incurrían los historiadores filósofos.

En fin, cuando Croce se ocupa de la crítica de Ranke encuentra que, pese a su habilidad e ingenio, "se veía obligado a reconocer potencias e ideas que superan a las naciones, y que, en cuanto tales, requieren ser justificadas especulativamente en una filosofía o en una teología".²⁴ Además afirma que: "No menos ilusoria era la loada imparcialidad y objetividad, que se apoyaba sobre una astucia literaria de medias palabras, de sobreentendidos, de prudentes silencios."²⁵ Así el historiador, inicialmente admitido como exitoso con referencia a su propia propuesta, es sometido por Croce a un examen que lo descalifica. Para terminar muestra, por ejemplo, lo que califica de una débil coherencia de los conceptos directivos de Ranke, citando las palabras que aparecen en su *Historia universal*: "No se puede hablar ni entre los antiguos ni entre los modernos, de un tranquilo y uniforme desarrollo progresivo de la historiografía, porque el objeto mismo se forma en el curso del tiempo y es siempre distinto, y las concepciones dependen siempre de las circunstancias entre las cuales el autor vive y escribe."

²³ Croce, *op. cit.*, p. 233.

²⁴ *Ibidem*, p. 240.

²⁵ *Ibidem*, p. 241.

¿En dónde coloca Robin G. Collingwood a Leopold von Ranke? Pues bien, Ranke aparece en el último apartado del capítulo "El umbral de la historia científica", específicamente en la sección novena que lleva por título "El positivismo". A éste lo define como "la filosofía actuando al servicio de la ciencia natural, así como en la Edad Media la filosofía actuaba al servicio de la teología".²⁶ Sus supuestos eran que la ciencia natural trataba de descubrir hechos y de fijar leyes, dice Collingwood, y bajo esa influencia surgió lo que puede llamarse historiografía positivista. La tarea que se propusieron los historiadores se limitaba a dar cumplimiento a la primera parte de las asignadas a la ciencia, e inclusive la promoción del método de la crítica filológica para manejar las fuentes otorgó a los historiadores una autonomía en ese renglón que evitó su sujeción a los esquemas promovidos por el positivismo y el evolucionismo que tendían a exigir el descubrimiento de leyes generales. Allí, en los estatutos que dieron autonomía al trabajo histórico, aparece mencionado el historiador de los pueblos romanos y germánicos y citada su célebre frase *wie es eigentlich gewesen* (como se ha producido esto exactamente).

La interpretación que Collingwood hace del método anunciado lo lleva a advertir los riesgos que éste implica: cortar el campo de lo cognoscible en una infinidad de hechos minúsculos, lo que difícilmente podía desembocar en el manejo de problemas de gran escala para la historia, y separar al sujeto cognoscente del hecho conocido, lo cual produciría efectos paralizadores en el historiador al impedir el uso de juicios. Nada que no pudiera ser comprobado valía la pena conjeturar para proporcionar una explicación de la historia.

Collingwood invoca el nombre de Ranke para ejemplificar el empantanamiento de la historiografía positivista, puesto que una historia bajo el método que pregonaba no podía dar cuenta sino del acontecimiento externo, dice, y no del pensamiento que daba lugar al acontecimiento; una historia así, en su opinión, propició la identificación de la historia con la historia política, y dejó fuera muchos otros temas, tales como el arte, la religión y la ciencia.

El vicio de origen de toda esta concepción desde luego lo ubica Collingwood en la idea que se formaron esos "positivistas", entre los que sitúa a Ranke, de que el hecho en la historia es algo dado inmediatamente a la percepción, es decir, un hecho empírico como el que estudia la ciencia; pero en la historia, dice, un hecho tiene un sentido distinto y escapa a quienes no se preguntan por la condición de conocimiento que requiere el estudio de la historia.²⁷ En fin, aquí Ranke, quien concurre sólo de paso, sirve para mostrar, junto con otros, lo que no se debe hacer en la historia de acuerdo con Collingwood: partir de la objetividad de los hechos suponiendo que existan de la misma manera que existen los hechos de la naturaleza.

²⁶ Collingwood, *op. cit.*, p. 129.

²⁷ *Ibidem*, p. 129-135.

El Leopoldo Ranke que aparece en las páginas de la obra de Fritz Wagner es mucho más completo. Dentro de la tercera parte de su obra, en la sección titulada "La aportación clásica alemana", el autor dedica un capítulo a su célebre antepasado. Lo hace derivar de la Escuela Histórica de Derecho y de la especulación dinámica de Hegel, pero juzga que su herencia llega de mucho más atrás. Lo denomina filólogo, pensador y artista. Y, a partir de esto, revela su visión de un sujeto que hace visible lo complejo del conocimiento histórico: "une la intuición con la crítica, hace que se encuentren las ideas con los hechos, pone lo individual en relación inmediata con Dios y lo encierra simultáneamente en relaciones humanas más estrechas y más amplias, busca la verdad, analizando críticamente las fuentes y soñando simultáneamente con sus secretos".²⁸

Para Wagner, Ranke no cae en un agnosticismo escéptico debido al núcleo protestante de su ser. Asegura que: "La polaridad de las tensiones entre hombre y Dios formaba para él la base de un proceso creador de la historia, cuyo sentido captaba intuitivamente."²⁹ Subraya el tono religioso que se apreciaba en todas las etapas de su vida como historiador, y afirma que los ejemplos que muestra adelante permiten ver a Ranke como un científico metódico para quien la fuente narradora, pero no el documento jurídico ni el registro de negocios, llega a ser el medio fundamental de conocimiento, y que él se compenetra mejor con los aspectos individuales que con los colectivos.

Su selección, como muchas de las que aparecen en esta riquísima antología que es *La ciencia de la historia*, efectivamente da razón de un Ranke ávido de dar cuenta de lo *real espiritual*, un Ranke que sitúa como misión del historiador entrañar las grandes tendencias de los siglos. El Ranke que recomienda el estudio de lo particular como camino hacia lo general y que tiene como ejes de la historia la idea de Estado y de Iglesia, de lo diverso y lo universal. El que mira a la historia como jeroglífico sagrado y, aunque distingue su estudio del de la filosofía, admite la coherencia interna que hay en ella. El Ranke que no concede lugar a la imaginación en el trabajo del historiador, pero insiste en que perseguir la veta espiritual de las cosas es todo el placer del estudio de la historia. En fin, Wagner ilustra a un Ranke que, además del método crítico, tiene como herramienta para conocer la historia un afán por comprender en lo particular lo general: "Desearía que enmudeciese por completo mi voz propia para dejar hablar de por sí a las cosas y a las poderosas fuerzas que, habiendo surgido y cobrado vigor en el transcurso de los siglos, se enfrentan ahora las unas con las otras, empeñadas en una lucha horrorosa y sangrienta, pero decisiva para los más importantes problemas del mundo europeo."³⁰

Curiosamente, los dos autores franceses seleccionados en este repertorio coinciden en su aproximación a Leopoldo Ranke, y fijan la atención una vez más en el método; y, si bien no lo elogian como Fueter o Gooch, están muy lejos de las

²⁸ Wagner, *op. cit.* p. 225.

²⁹ *Ibidem*, p. 226.

³⁰ *Ibidem*, p. 244.

críticas de Croce o Collingwood y, desde luego, no se interesan por el tipo de asedio que practica Wagner con el ilustre historiador.

Georges Lefebvre, en esa caprichosa y a la vez deleitante exposición que hace de la historiografía moderna, coloca a Ranke en un apartado que llama "Segundo viaje: Alemania". En él distingue la historiografía alemana del siglo XIX, porque en ella reaparece la crítica histórica y el método erudito que Francia había creado en los siglos XVI y XVII.

En Alemania, según Lefebvre, la erudición se incorpora a la historia, y Ranke es el ejemplo del historiador erudito y crítico. Reconoce que difícilmente se encuentra en Francia un equivalente y que la veneración de que goza no sólo se debe a que fue metódico y erudito, sino a la envergadura de su obra. Critica, como otros, su exceso de credulidad en los documentos; piensa asimismo que el hecho de ser un artista lo salvó del misticismo alemán; reconoce que lo mejor que hizo fueron sus estudios psicológicos; lo ubica en la tradición racionalista, y también descubre, en su expresión historicista que se capta en la frase de que cada pueblo es inmediato con Dios, su creencia metafísica.³¹

Charles Olivier Carbonell, por su parte, incluye a Ranke dentro de un apartado del capítulo denominado "El siglo de la historia", que lleva por título *La historia erudita*. Asegura que en un contexto más propicio a las pasiones que a la objetividad, es decir, el contexto en el que el vínculo entre el Estado y la producción historiográfica se ha estrechado, nace la historia erudita. Y, desde luego, concede a Ranke (1795-1886) el puesto de su fundador. Añade que es el primero de los grandes historiadores universitarios alemanes que habría de ser considerado maestro y modelo.

¿En que consistía el modelo Ranke, según Carbonell? Básicamente en asociar en su método la erudición y la escritura, narrar y explicar, no juzgar ni filosofar, sino sacar la sustancia de las fuentes primarias rebuscadas en archivos y bibliotecas, y escribir obras sólidas, precisas, detalladas, voluminosas, siempre remitidas a las notas al pie de página que daban fe de los documentos consultados. Nada que no fuese comprobable. El objeto del historiador no era ni deducir leyes ni enunciar la causa general. Simplemente debía mostrar "cómo se ha producido esto exactamente".³² Y en ello desde luego se admite la fundación de la historia como una ciencia positiva, como un oficio, el del historiador que se daba sus reglas de ejercicio, concluye Carbonell.

He dejado para el final las observaciones de las dos autoras mexicanas, aun cuando entre unas y otras debieran aparecer las de Lefebvre y Carbonell, en vista de que encuentro en el tratamiento que hacen de Ranke afinidades similares a las que aparecen entre los dos autores franceses. Pese a la diferencia de enfoques y de estilos, se impone en las obras de Josefina Vázquez y de Sonia Corcuera una nota común: acentúan el interés de Ranke por remitir el hecho

³¹ Lefebvre, *op. cit.*, p. 273-278.

³² Carbonell, *op. cit.*, p. 119.

aislado que estudiaba a un todo que le daba sentido, y puntualizan también el hecho de que los discípulos de tan gran maestro eligieron de él lo menos grande, la receta para obtener datos verdaderos, cuando él fue rico en agudeza psicológica para captar a sus informantes y revistió sus textos de color y de pasión.³³

Sonia Corcuera abunda un poco más en las dificultades que se advierten en Ranke para probar la objetividad que buscaba, y aprovecha los comentarios de Hayden White para destacar la falsa idea del prusiano de que el solo estudio de los materiales podía conducir al historiador a alcanzarla.³⁴ Y finalmente puntualiza la meta que el propio Ranke se había trazado: alcanzar una verdad ubicada más allá del dato particular, que se halla en la trabazón de los acontecimientos, es decir, en un linderó que vincula a la historia con la filosofía.



³³ Vázquez, *op. cit.*, p. 135.

³⁴ Corcuera, *op. cit.*, p. 134.

Una primera conclusión que parece factible es que para los historiadores, sobre todo los de principios de siglo, la objetividad es un paradigma susceptible de ser alcanzado cuando se depuran los métodos críticos para manejar las fuentes de conocimiento del pasado, y se marginan los elementos de la filosofía que pueden provocar interferencias. En segundo término, puede observarse que, en la primera década del siglo, es posible advertir también la convicción de que dicho conocimiento no es sino el resultado del pensamiento histórico que, para serlo, requiere de la presencia del sujeto cognoscente. A mi juicio, esta segunda propuesta logra imprimir un matiz tal al tema del conocimiento histórico que, hoy por hoy, puede afirmarse que la objetividad que logra el historiador radica en la manera en la que él, su tiempo y su indagación se hacen presentes en una narración, y no propiamente en la certeza de que lo que allí se asienta ocurrió de esa manera.

A lo largo del siglo xx, dos evidencias, en cuanto se refiere al trabajo historiográfico, quedan plasmadas en el tratamiento de su historia. Por una parte, la creencia en que el siglo xix heredó el método que hace confiable el conocimiento histórico y que es la vía para elevarlo a la categoría de ciencia. De ahí que en la práctica de la historiografía se haga uso y abuso de él como forma de demostrarlo, con lo cual se consigue un simulacro de objetividad, un pretendido retrato fiel del pasado. Por otra, para quienes aceptan la intervención del individuo que conoce como la única posibilidad de dar coherencia a los testimonios dispersos de la historia que con esfuerzo disciplinario acopia y critica, la objetividad que se consigue es la de una amalgama entre el historiador y el pasado que intenta rescatar, es decir, tan sólo una representación de lo que pudo suceder.

La segunda conclusión a que me conduce este primer acercamiento al tema de la objetividad en las historias de la historiografía es que efectivamente el caso Ranke amerita un estudio concienzudo y que, enfocararlo con la debida atención por la vía aquí propuesta, puede conducir a una muy deseable revaloración de estas historias como muestras fehacientes de lo que significa la subjetividad y lo que implica la representación. Las obras de Ranke como objetos de análisis multiplican su importancia cuando se atisban en el prisma de las historias que pretenden dar cuenta de lo que realmente fueron.³⁵

³⁵ Una obra, mucho más especializada que las aquí presentadas, que en cualquier estudio sobre Ranke se impondría es la de Georg G. Iggers, *The german conception of history. The national tradition of historical thought from Herder to the present*, Wesleyan University Press, 1968, 388 p. En nuestro medio, este trabajo, como otros del autor, ayudaría a aclarar las razones por las que la figura de Ranke requiere una revaloración, y nos haría compartir con otros estudiosos de diversas partes los daños derivados de ensalzar o denostar a un historiador en muchos casos mal conocido y aun peor interpretado.